

RECONSTRUYENDO EL TEJIDO SOCIAL: EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LA ORGANIZACIÓN COMUNITARIA DE MORELOS

Cecilia Castro Ramírez ⁵¹

*...en una danza salvaje que convoque a otras mujeres y estas a otras más,
hasta que seamos un ejército de amor
que acabe con todas las miserias y opresiones,
estamos buscando, buscamos una mujer,
que mirando al sol no cierre los ojos.*

(Paredes, 2010, p. 40)

INTRODUCCIÓN

Hablar de la Psicología y en particular de la Psicología Comunitaria, pasa por mi propia experiencia de vida, por mi trayectoria y ejercicio profesional en este ámbito por más de 20 años, donde he construido una visión y concepción del mundo, que aspiro sea con relaciones sociales más equitativas, sin jerarquías ni sometimientos, sin discriminaciones ni desigualdades, un mundo libre de violencias hacia las mujeres, niñas y adolescentes. Esta lectura de la realidad me permite reconocer la participación del sujeto activo y creativo, que imagina y va fincando procesos de cambio social. Transformaciones que parten de la toma de conciencia colectiva de su existencia, para avanzar en la definición de estrategias autogestivas y endógenas que concretan un deseo compartido, para superar las brechas de desigualdad para alcanzar una vida digna y un buen vivir. En tal sentido, en este ensayo, mi objetivo es reflexionar sobre el papel que juegan las mujeres campesinas en los procesos de organización social y comunitaria

51 Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

que permiten la autogestión y reconstrucción del tejido social; visibilizando su participación como elemento clave en todo el proceso de planificación y acción comunitaria.

Debo precisar que desde un enfoque social y comunitario, nos enfrentamos a fenómenos complejos que van desde lo individual a lo colectivo; en mi andar, la interacción con cada persona, con cada mujer, en su espacio y territorio, me ha permitido un acercamiento en cuanto al análisis simbólico y emocional que emerge ante sus experiencias vividas, incorporando elementos de su contexto cultural en sus diversas prácticas dentro de su comunidad, en escenarios que están más allá del control y la intencionalidad de las personas (Gonzalez-Rey, 2012). En esta perspectiva se comprende que los procesos psicológicos no ocurren en el vacío, descontextualizados, ni desvinculados de otros individuos, implica reconocer a la persona como protagonista, quien se configura histórica y socialmente. (Rodríguez-Camejo *et al.*, 2020)

En tal conformación, los procesos sociales coexisten, la subjetividad individual se constituye y a su vez, es constituida socialmente de forma simultánea. Es una dimensión compleja, que involucra tanto lo psicológico como lo social en una relación recursiva, en una concordancia que responde a la existencia de un tejido de eventos, acciones e interacciones; determinaciones sociales que constituyen nuestra visión del mundo (Salamanca y Gilberto, 2019).

Estos significados sociales, en donde la existencia se construye en función a las características del propio sujeto -porque no puede ser construida de otra manera-, en un contexto global económico y político, requiere una interpretación crítica para transformarla con y desde las personas que la viven en su cotidianidad (Ibáñez, 2002). Para este análisis, la teoría marxista es un referente importante de la Psicología Comunitaria, en nuestro continente se encuentra muy comprometida con la justicia social y el combate de las desigualdades. Marx recupera al individuo, su potencialidad como persona, como un ser activo, libre y creativo que ha sido condicionado; un ser que puede ser consciente y sublevarse, de manera organizada con los demás, para lograr la transformación de su realidad (Osborne & Van Loon, 2005). Este autor, incorpora en su propuesta teórica y de acción, el método dialéctico, que permite estudiar la historia de las sociedades humanas a través de un modo de producción económico -en este caso, el capitalismo- donde se van condicionando los procesos sociales, políticos y culturales de cada sociedad (Musitu *et al.*, 2009).

Cabe destacar que otros postulados marxistas que nutren a la Psicología Comunitaria son la conciencia de clase y la idea de una sociedad de cooperación para el bien común; que parte a su vez, de comprender este fenómeno de acumulación y explotación que amenaza la vida de las personas y el planeta en beneficio de una clase privile-

giada; que en el caso de nuestro continente, como señala Parrault (2007) va desde el comienzo de las conquistas, en América, con el descubrimiento de yacimientos de oro y plata, o el gran saqueo en las Indias Orientales, en África la caza de hombres y mujeres; procedimientos idílicos de acumulación primitiva que para el autor anuncian la era capitalista.

Estos y otros principios han sido bandera de lucha para muchos movimientos sociales, de liberación y emancipación que han surgido en nuestro país y el continente, de grupos oprimidos que resisten a la alienación impuesta por la clase dominante (Javaloy *et al.*, 2001). A partir de este análisis, el bienestar de la sociedad, del colectivo y de los individuos responde a condiciones económicas de producción, que permiten la interiorización de normas y obligaciones sociales, que explica que quien esté en la situación dominante en las relaciones de producción, tendrá el poder, hará las leyes y la gente tendrá que vivir bajo las mismas (Musitu *et al.*, 2009).

Ante este panorama, la Psicología Comunitaria, reconoce que, sin el conocimiento profundo de dicha existencia, será muy difícil un cambio social de manera estructural. Por ello, su planteamiento emerge a partir de las demandas específicas de una realidad social, política y cultural que requiere una intervención teórica, metodológica y pragmática. Un desarrollo que busca dar respuesta a fenómenos sociales en Latinoamérica, donde a partir de los años sesenta se expresaron nuevamente contradicciones históricas entre las clases sociales y los grupos marginados, de aquellos, los otros, las y los olvidados (Montero, 2004). Si bien, su definición tiene distintos planteamientos, se ha precisado como unidad de análisis a la comunidad, permitiendo así, trascender de lo individual a lo colectivo.

Aquí, he de referirme al concepto de comunidad desde la descripción de Tonnies (1947), quien da una explicación desde el sentido social de la permanencia, de los vínculos humanos en procesos de interacción, del reconocimiento del nosotros y los otros. Nos dice que es una palabra que nos produce una sensación, de tener una o pertenecer en ella. Como este autor la describe, la comunidad representa la vida en común; un organismo vivo con relaciones afectivas, auténticas; donde emerge la subjetividad del individuo, su valor de ser “un ser humano” con espíritu propio, con valores colectivos y comunitarios. Simboliza el tipo de mundo al que por desgracia no podemos acceder, pero que deseamos con todas nuestras fuerzas habitar y del que esperamos volver a tomar posesión (Gurrutxaga, 2011), más que nunca ahora, en estos tiempos de pandemia. Desde esta posición tiene relevancia la comunidad al vivir tiempos despiadados, donde se premia el individualismo con el éxito individual de las personas, donde la competencia es la ley de la vida social y la victoria personal tiene que ver con la acumulación y el propio beneficio (Clément, 1974). Distinto de una forma

de socialidad natural, de un organismo vivo que expresa voluntad natural, que descansa en los sentimientos y las costumbres de los pueblos (Tönnies, 1947).

DESARROLLO



La Psicología Comunitaria como disciplina, ha requerido elaborar modelos innovadores que permitan enfrentar, interpretar y reaccionar ante realidades psicosociales y colectivas, con teorías, métodos y prácticas más interdisciplinarias.

Ahora bien, ¿cómo llegar a esta consciencia colectiva? Si bien, esta área de la Psicología trata de potenciar la acción desde la comunidad, también se interesa en los factores psicosociales que intervienen en las relaciones sociales de las personas, que a su vez están influidos por las circunstancias sociales. Condiciones que involucran aspectos cognitivos, emotivos y motivacionales que intervienen en cómo los sujetos se construyen a sí mismos y sus mundos de vida; los cuales tienen consecuencias que se expresan en conductas y actitudes, afectando al individuo y sus relaciones (Montero, 2004). Son procesos que, para su desarrollo requieren ser problematizados, revelando sus contradicciones, el carácter socialmente construido, así como los intereses implicados en lo cultural y político. Entonces, para llegar a tal consciencia, es necesario que esta se movilice, se libere respecto a situaciones, hechos o relaciones, causas y efectos que hasta ese momento son ignorados o inadvertidos, pero que inciden de manera tal, que los sujetos la consideran negativas (Freire, 1975).

En este horizonte, me antecede mi experiencia profesional en los últimos veinte años, en vinculación con las organizaciones campesinas y movimientos populares, como procesos sociales que reivindican los derechos humanos a través de la movilización social y de la participación autónoma de las personas en sus comunidades, en los procesos de cambio y en la promoción de la participación colectiva (Martínez, 2003). En este escenario, el desarrollo teórico metodológico que planteó retoma principios básicos de la Investigación Acción Participativa (IAP), partiendo de que los sujetos no se encuentran aislados de la realidad, ni están separados de la misma. También se alimenta de la educación popular feminista; integrando la mirada desde el feminismo comunitario, que permite la comprensión de un sistema económico, político y cultural que genera opresión y explotación; esto, con el análisis y reconceptualización del concepto de patriarcado, entendido como el gran sistema de tiranías, discriminaciones y violencias que vive y reproduce la humanidad con la naturaleza. Tal vejación se construye históricamente sobre el cuerpo de las mujeres, territorio donde las personas aprenden

a explotar, pues en casa siempre hay una mujer trabajando, cuidando, atendiendo a quien sale a trabajar, siendo utilizada para sostener el sistema capitalista, beneficiando al patrón, al dueño de los medios de producción (Paredes, 2013).

Con esta aproximación, compartiré la experiencia desde la Unión de pueblos de Morelos (UPM)⁵², una organización social de extracción campesina, fundada en los años ochenta por hombres y mujeres veteranas, que defendieron los ideales del zapatismo y jaramillismo. Movimiento que acompaña procesos organizativos en comunidades rurales de la región de los altos, centro y sur del estado de Morelos. Además, trabaja por el ejercicio y defensa de los derechos humanos y de la Madre naturaleza, con perspectiva de género e interculturalidad, promoviendo la agroecología y soberanía alimentaria, buscando el buen vivir de las comunidades rurales y urbanas del estado. Para ello, facilita espacios de encuentro, de diálogo de saberes e intercambio de experiencias con y desde la gente, para potencializar las capacidades y habilidades técnicas, políticas y organizativas de las personas en sus territorios. Esto con algunas líneas de acción como la formación desde la educación popular, la difusión y promoción, el desarrollo de campañas, estrategias de comunicación y alianzas con otras organizaciones, incidiendo a nivel estatal, nacional e internacional para poner sobre las agendas políticas, las problemáticas que se viven en el campo.

En este contexto emerge la participación activa de las mujeres campesinas y con ello la necesidad de promover su capacidad para tomar decisiones, para luchar con las diferencias de clase, etnia, cultura, educación y edad que viven en su cotidianidad; construyendo a partir del reconocimiento y el análisis de su propia experiencia, de sus historias de vida, estrategias de cambio a mediano y largo plazo, con acciones destinadas a promover el desarrollo de la comunidad (Mori, 2008).

En esta la línea del tiempo y con este acompañamiento a las comunidades que militan en la UPM, hay un cúmulo de experiencias que han dado voz a todas esas mujeres rurales, campesinas, amas de casa, comerciantes, jornaleras, trabajadoras domésticas; descubriendo sus talentos que se desarrollan a través del diálogo, el estudio, las prácticas y la reflexión sobre sí mismas, con el juego, el deseo, el abrazo y la caricia. Mediante la exploración de los sentidos y de los sentires analizamos la cotidianidad y lo que está fuera de ella (Korol, 2007).

52 La Unión de Pueblos de Morelos, nace en el año de 1980, con luchadores y luchadoras veteranas del Ejército Zapatista de Liberación, y de la lucha social de Rubén Jaramillo. Inicialmente su bandera de lucha fue la defensa de las tierras, con el paso de los años sus demandas fueron cambiando, siempre orientadas a la justicia social de los pueblos campesinos.

En este sentido, expresaré algunas reflexiones respecto al papel que han jugado en los procesos de la organización social en sus comunidades, lo cual ha permitido la auto-gestión y reconstrucción del tejido social.

Para ello iniciaré presentando a estas mujeres, quienes históricamente, como mujeres del campo, trabajan y participan en las actividades de la siembra y la cosecha, son parte de los ciclos de producción y reproducción de la cosmovisión de la vida en su relación con la naturaleza. En estos territorios, también viven desigualdades socio culturales que las ponen en desventaja en cuanto a su desarrollo, viven violencia de género y de distintos tipos por el hecho de ser mujeres, lo cual las vulnera en lo personal, familiar y comunitario. Por consiguiente, carecen de acceso a servicios de salud, educación, vivienda e ingresos económicos. Más aún, con la implementación de políticas neoliberales que, en los últimos 40 años, las han precarizado cada vez más; en el mejor de los casos salen a vender los productos de sus cosechas, otras venden su fuerza de trabajo limpiando casas en las cabeceras municipales o en los grandes fraccionamientos que han invadido sus territorios, esto porque mucho del dinero que ganan lo invierten en alimentos porque en sus tierras han dejado de producirlos, así como otras necesidades básicas de supervivencia. Ellas, para poder atender estas demandas, deben juntarse para ser beneficiarias de algún programa federal o estatal, que, si bien son asistencialistas, han paliado las carencias inmediatas, aunque las bases estructurales que las colocan en tales condiciones se mantienen inalterables. O como es el caso de organizaciones sociales, que ante la doctrina neoliberal que con sus políticas de ajuste estructural apuntan a reducir el tamaño del Estado, han asumido ese rol paraestatal para atender problemáticas y necesidades en materia de infraestructura familiar, productiva, cultural y otras que las comunidades expresan, mediante la gestión de recursos de diversos programas.

Las mujeres campesinas que han militado en la UPM, pertenecen a los altos, centro sur y poniente del estado de Morelos, de los municipios de Ocuituco, Totolapan y San Agustín, Tlayacapan; Yautepec y Jiutepec; y de Tlaquiltenango y Tetecala, respectivamente. Mujeres que no viven ajenas al mundo moderno, trabajan fuera de casa, salen de sus comunidades, acceden a medios de comunicación, a la tecnología e incluso a las redes sociales. A nivel comunitario realizan ciertas tareas, participan en los comités de salud y en los centros educativos, aunque es casi nula su presencia en cargos de autoridad a nivel local, y mucho menos municipal tienen una participación activa en sus territorios. Desde la UPM se han construido espacios de diálogo, donde las mujeres mayores hablan con las más jóvenes, se predisponen a escuchar en una condición solidaria, en la búsqueda de cierta consciencia (Guha, 2002). Son grupos que reflexionan ante un tema, ante una acción que les permite mirar desde distintas perspectivas, y en la medida de sus posibilidades profundizar para construir un conocimiento colectivo. Como plantea Blumer (1969), la actividad colectiva e individual se forma a través de

este proceso continuo de interacción simbólica en la que el lenguaje tiene gran importancia, pues cada persona define y orienta su conducta a partir de las acciones de los demás, de modo que la vida en grupo, en sociedad, implica un proceso continuo de redefinición y resignificación.

Considero que, en dicha actividad colectiva, vamos hilando encuentros y desencuentros, desde lo personal, familiar y comunitario. Estas mujeres, mediante los procesos organizativos y formativos que viven en la UPM, toman decisiones para su seguridad y significado de ser mujer; en la cultura y la vida cotidiana van creando nuevas formas de relaciones y vínculos, para ir rompiendo con los estereotipos que nos oprimen como mujeres e ir ganando autonomía y libertad (Korol, 2007). Se permiten ir democratizando las relaciones entre pareja e hijos, en sus intentos por redistribuir más equitativamente el trabajo doméstico y las tareas de traspatio. A nivel colectivo, se van fortaleciendo al organizarse, al participar en las asambleas comunitarias, se van apropiando de un discurso que irrumpe en las formas tradicionales y patriarcales que imperan en sus comunidades, donde logran plantear lo que les preocupa o les interesa. Van fincando un comunitarismo que se diferencia radicalmente del individualismo de la filosofía occidental, por ello la importancia de escuchar y comprender cómo ven el mundo, la naturaleza, cómo se ven a sí mismas, a sus compañeros en sus propias creencias. Son mujeres que van tomando consciencia de que son la mitad de cada pueblo, como si fueran la otra mitad del cuerpo que necesita dos ojos para acariciar lo que ve, dos manos para trabajar, dos pies para seguir en el andar; son la otra parte que cuida, cría y protege, dicho por las mujeres Aymaras de Bolivia, desde el feminismo comunitario: *“las mujeres somos la otra mitad que va a parir a la otra mitad, que son los hombres”* (Paredes, 2013, p.29). Son quienes, entre unas con otras se alientan, se apoyan y se sostienen ante los tiempos más adversos.

Si bien, las condiciones culturales de usos y costumbres en sus comunidades pueden ser barreras que dificultan su organización y el desarrollo de sus liderazgos, una vez que las mujeres se convencen, salen de sus casas, ocupan los espacios públicos para participar, para hacer las reuniones y platicar, para planear y construirse como ciudadanas. Sabemos que las personas deben conocer sus derechos para poder exigirlos, las mujeres aún más, para que puedan tener proyectos de vida propios, pensar en el mañana desde sus posibilidades y desarrollo de habilidades.

Desde aquí, la importancia de movilizar acciones con un sentido a la propia existencia, reconociendo que ellas están tejiendo propuestas para una sociedad que de voz y reivindique su existencia, su cuerpo y su sexo como parte de los movimientos y organizaciones sociales; pues en innumerables marchas han construido la historia de sus pueblos y defendido los recursos naturales de sus territorios (Paredes, 2013).

PROPUESTA PEDAGÓGICA DE ACOMPAÑAMIENTO

.....

Con el paso de los años, desde la Unión de Pueblos de Morelos, hemos desarrollado colectivamente, bajo ensayo y error, una propuesta pedagógica que permite acompañar procesos comunitarios, identificar y promover los distintos liderazgos de acuerdo con su aportación, detonar proyectos participativos que involucran distintos actores y actrices sociales. Un proceso educativo que desde el movimiento popular forma a sus integrantes, con prácticas, valores y propuestas contrahegemónicas, aportando a debates con otras miradas (Korol, 2007). Tal entrenamiento plantea un diálogo abierto, un ensayo, invita a un sueño colectivo del que no queremos despertar.

Esta cultura formativa, genera iniciativas autogestivas que movilizan los recursos comunitarios y de las personas, seguidos de formación y capacitación, de intercambio de experiencias con otras mujeres, con otras comunidades, con otras organizaciones, escuchando historias de quienes lo están haciendo o ya lo hicieron, de otros mundos que les permita ampliar su visión y regresar a sus territorios enriquecidas con más herramientas para impulsar sus ideas y el desarrollo en sus comunidades.

En estos procesos de acompañamiento e intercambio, hablamos de las condiciones que enfrentan en su cotidianidad, con su familia, en sus comunidades; empezamos a evidenciar la violencia que se ejerce sobre ellas, sobre sus cuerpos, sobre sus propias vidas. Ciertamente, hablar de la condición de violencia que vivían al interior de sus familias o con sus parejas, no fue del todo fácil para ellas, tampoco para mí, pues respondía a nuestras propias historias de vida. Pero con el paso de los años, se fue generando confianza entre ellas, entre todas.

En los primeros años de mi llegada a la organización, aunque la presencia de las mujeres era significativa, los temas feministas no eran parte de la agenda, se hacían propuestas de intervención, capacitación y proyectos productivos sin considerar necesidades expresadas por ellas, pero cuando las historias empezaron a emerger y evidenciar las realidades que vivían, surgieron ideas, demandas que pedían respuestas; ante lo cual había que actuar con cautela, a fin de minimizar las resistencias que se anticiparon en el proceso. Una de las estrategias principales que me permitieron trabajar con perspectiva de género, fue mi propia formación y capacitación, a fin de adquirir mejores herramientas para hacer frente a estas problemáticas; y en el proceso, identificar alianzas externas con mujeres expertas y organizaciones feministas; así como

financiamiento para poner en marcha acciones de capacitación para la toma de conciencia de las propias mujeres en primera instancia. Esto implicó plasmar ideas y realidades en propuestas escritas, diseñando, gestionando, coordinando y ejecutando recursos para garantizar el desarrollo de una intervención con una mirada de género.

Con poca experiencia, pero con mucha valentía, compromiso y pleno convencimiento, iniciamos cuestionando el rol tradicional asignado a las mujeres dentro de sus comunidades, de los riesgos que vivirían al incursionar en lo público y salir de sus pueblos para participar en actividades de la UPM, como el ser señaladas y estigmatizadas en su misma comunidad, así lo menciona una de las compañeras en el siguiente testimonio:

“acá en el pueblo, hablan mal de las que salimos a la organización, dicen que si salimos es porque el marido no nos llena y sí, ya no llena la barriga, por eso salimos a buscar proyectos para la familia” (Castro, 2009, p. 6).

Expresan que no solo tienen que salir por actividades de la organización, si no a trabajar para complementar los ingresos de la familia, pues ellas ganan más limpiando casas que el marido en un día de trabajo como jornalero. Esto porque para varias familias les da más beneficio rentar su tierra que producirla, derivado de las décadas de abandono al campo y a la falta de políticas públicas serias que fomenten la agricultura familiar. Ellas empezaban a defender el objetivo de sus salidas, pues era para mejorar las condiciones de vida de su familia. Una de ellas destaca:

“yo ya le dije a mi marido: cada vez que salga a la organización, voy a comer, aunque llegue más tarde, pero voy a pensar en mí, porque siempre me ando mal pasando, ahí si quieren ustedes coman o no coman”(Castro, 2009, p. 6).

En muchos momentos, reflexionamos sobre nuestras construcciones sociales del ser mujer, acerca de nuestro cuerpo, de cómo lo vivimos, lo sentimos, de cómo lo cuidamos, lo dañamos, lo nombramos, pero principalmente de cómo lo gozamos. Tal como enfatizan los siguientes testimonios:

“tú le dices que su palomita y esas cosas, ya tiene seis años, yo creo que debes decirle que es su vagina” (Castro, 2009, p. 12).

“yo digo que la mujer es como la guitarra, mientras no la toquen, no va a sonar” (Castro, 2009, p. 37).

Al escucharnos, fueron compartiendo su propia autopercepción del cuerpo, mirándonos en relación con los estereotipos, qué tanto los avalamos o qué tanto construimos alternativas de un cuerpo subjetivado, simbólico, vivido, sentido, pensado, un cuerpo

ignorado, visible e invisibilizado; descubriendo las propias fantasías o los propios fantasmas (Lagarde, 1997). Ante esto comparten:

“nos dimos cuenta de que éramos morenas, gorditas, canosas, altas, charritas, chinas, con cicatrices, con paño, marcas de varicela con arrugas y patitas de gallo” (Castro, 2009, p. 7).

“me gusta mi sonrisa, mi pelo porque está quebrado, mi cara, mi boca, mis ojos, mi lunar porque lo heredé de mi mamá, cuando río, estoy orgullosa porque me parezco a mi papá” (Castro, 2009, p. 8).

Cierto es que las mujeres hemos luchado por un conjunto de derechos que compartimos con los hombres, sin embargo, necesitamos los propios, que nos permita asegurar un tipo de libertad y con ello la construcción social de autonomía, la cual no solo debe ser nombrada, si no reconocida. De tal modo que revolucione la identidad tradicional de género, del ser mujer; ya que también implica pensar nuestra sexualidad, en la que jugamos roles, papeles, funciones con vínculos afectivos y psicológicos (Lagarde, 1997). Reflexiones dichas en las siguientes palabras:

“cuando iniciamos en la organización, no nos daban permiso con tanta confianza, si llegabas tarde decían: ¿a dónde fuiste? Ahora ya no le pido permiso, lo invito a que me acompañe, pero me dice que mejor se queda con los niños”(Castro, 2009, p. 11).

Temas sobre la relación de pareja, la maternidad, la interrupción del embarazo y la autonomía desde una mirada feminista, fueron narrados, pensados, hablados, sentidos por estas que militaban en una organización. También realizamos foros, encuentros, generando espacios de reflexión y capacitación, incluso marchas, en el marco del 8 de marzo y del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. Fueron años muy activos entre el 2004 y 2010, logrando sistematizar un documental y un cuadernillo ⁵³, dejando como evidencia, los logros y aportes de las mujeres a su organización.

UN PROYECTO AUTOGESTIVO EN MARCHA

Finalmente, el ejemplo más cercano donde podemos observar el desarrollo de un proceso participativo, autogestivo y comunitario, fue el que se detonó a raíz del terremoto del 19 de septiembre de 2017. Cuando un fenómeno natural sacudió nuestras tierras

53 Cortometraje: “viejos tiempos”, con la cooperativa de mujeres “Caminos de Jaramillo”, de la comunidad de San Agustín Amatlipac. Tlayacapan, Morelos. Cuadernillo: Nuestros cuerpos, nuestros derechos sexuales y reproductivos.

morelenses y también algunas conciencias. Desde la UPM, inmediatamente después del sismo, identificamos varias comunidades afectadas donde la organización mantiene presencia, para asegurarnos que la militancia estaba bien y tener una primera valoración de los daños materiales. La gente estaba devastada en distintos niveles, pero no abandonada, hubo acompañamiento y de algunos escombros emergieron ideas.

La organización empezó a acercar distintos recursos, desde gente altruista apoyando con despensas, personas solidarias para quitar escombros, hasta instituciones académicas. Ante esta coyuntura, se lograron conjugar distintas intenciones y voluntades que engranan un proyecto comunitario interinstitucional, con la participación de instancias académicas como la Universidad La Salle Cuernavaca⁵⁴, gobiernos locales, instituciones de solidaridad y de cooperación, tales como la Universidad Campesina del Sur⁵⁵, Fondo Semillas⁵⁶ y la Fundación Inter Americana⁵⁷, y principalmente, el liderazgo y participación de las mujeres de la comunidad de la Era, municipio de Tlaquiltenango.

Los estragos ocasionados por el sismo permitieron generar estrategias que comprometieron a distintos agentes sociales y políticos en la planificación de un proyecto integral y participativo, que permitiera reconstruir el tejido social, el cual ya se encontraba fracturado y no precisamente por un fenómeno natural. En este punto, cabe retomar lo evidenciado también ante esta pandemia, las desigualdades antagónicas e históricas de un modelo capitalista que ha desmovilizado la acción colectiva, ante programas, como los mencionados anteriormente, que han promovido la dependencia y asistencialismo, donde las personas han naturalizado las inequidades, violencias y sometimiento de las políticas estructurales. Esto, alimentado por la ilusión de un destino inevitable, del progreso y desarrollo industrializado que nos ha hecho creer que lo normal no es normal; que ha anulado el protagonismo de los pueblos y de las comunidades, quienes han dejado de inventar, de unirse, arriesgarse e innovar colectivamente. Donde hombres, mujeres, la clase trabajadora, campesina, indígena, afrodescendiente y la juventud, hemos dejado de asumir el destino de nuestra propia historia (García-Linera, 2007).

54 La Universidad La Salle Cuernavaca tiene como propósito la formación integral de sus estudiantes, promoviendo la vivencia de valores y la responsabilidad social. Por lo que se vincula a proyectos comunitarios.

55 La Universidad Campesina del Sur, es una comunidad autónoma de aprendizaje, un proyecto de educación popular alternativa, autogestivo e incluyente, abierto a diferentes paradigmas del desarrollo social que promueve la formación integral de las personas, reivindica los más elevados valores de los hombres y mujeres del campo y los pueblos originarios; incorpora sus cosmovisiones, tradiciones, saberes ancestrales, sus formas de organización, de producción y convivencia; su relación armónica con la naturaleza.

56 Fondo Semillas es una organización feminista que trabaja, desde hace 30 años, porque las mujeres tengan acceso a la educación, salud, empleo digno, a tomar sus propias decisiones, a la justicia y felicidad.

57 La Fundación Inter Americana, apoya en las soluciones de las organizaciones de base incipientes a los retos sociales y económicos de Latinoamérica y el Caribe.

Sin más, nos involucramos en el proceso con estas mujeres, con quienes se tenía relación desde 10 años atrás, se gestionaron algunos proyectos productivos y en varios momentos se tuvieron algunos talleres de capacitación con distintas temáticas.

La comunidad de la Era está integrada por pequeños productores campesinos y campesinas que se dedican al cultivo de productos básicos en sus parcelas; otros son comerciantes y jornaleros. En su mayoría, la integran mujeres madres de familia y madres solteras; quienes se dedican a las actividades del campo y en un gran número al trabajo doméstico fuera de sus comunidades, salen al municipio de Jojutla para esta labor. También son adultas mayores, varias de ellas viudas, que tienen aún la fortaleza para emprender acciones que mejoren su bienestar y les permitan la posibilidad de desarrollar actividades que les generen sustento en la familia (Liñán *et al.*, 2019).

El conocimiento del territorio y la relación dio paso a un terreno fértil, donde iniciamos con los principios de la Investigación Acción Participativa (IAP), investigando el “tema generador”, el pensamiento de las personas referidas a su realidad, sobre su actuar que es su *praxis* (Freire, 1975). La implementación de esta metodología responde al papel del científico social, quien promueve la participación de los miembros de las comunidades problematizando sus realidades donde ellos y ellas asumen los aspectos relevantes en sus vidas cotidianas. Implica generar conciencia socio-política entre los y las participantes, involucrándose en el proceso de investigación, vistos como agentes de cambio y no como objetos de estudio (Balcázar, 2003).

Como parte de la investigación inicial, se utilizó la estrategia del “diagnóstico rural participativo (DRP)”, metodología que implementa un conjunto de técnicas y herramientas para que las comunidades construyan su propio análisis de la realidad, compartiendo experiencias y saberes, a fin de mejorar sus habilidades de planificación y acción. Esta propuesta aporta a la planificación, analizando desde las condiciones y posibilidades de la comunidad y sus grupos, reconociendo sus propios conceptos y criterios de explicación e interpretación. Este método permite precisar en un determinado territorio “desde el punto de vista de los actores”, sus problemas, necesidades, potencialidades y demandas para el propio diseño de sus soluciones (Expósito-Verdejo, 2003).

Como resultado emergieron varios “árboles de problemas”, que permitieron identificar problemas centrales, sus causas y consecuencias. Recuperando las inquietudes sobre lo que la gente percibe de su comunidad, principalmente en lo que afectan más a las mujeres. El complemento del ejercicio fue la elaboración de “árboles de soluciones” con los cuales se orientó la construcción de un Plan de Acción Comunitaria. Los ejes centrales identificados en el proceso de planeación comunitaria fueron: 1. Economía y producción, 2. Vías de comunicación y transporte, 3. Política pública en

salud y 4. Organización comunitaria (Liñán *et al.*, 2019). Este ejercicio participativo fue sistematizado y publicado en un libro a mediados del año 2019, como evidencia y reconocimiento al tiempo y dedicación de las mujeres y hombres de La Era, quienes participaron en el proceso.

Desde entonces a la fecha, seguimos acompañando y dando seguimiento a la implementación de algunas acciones identificadas en dos árboles de problemas: 1. Economía y Producción; y 4. Organización Comunitaria. En el primer árbol, la comunidad expresó que la actividad económica colapsó a raíz del sismo, ya que sus habitantes perdieron la principal fuente de comercio en la cabecera municipal, donde vendían su producción de queso, yogurt, flor de jamaica, semillas de calabaza para dorar, maíz, cacahuete, entre otros productos que comúnmente cultivan o procesan. Actualmente se está trabajando desde la perspectiva de la economía social y solidaria, se está fortaleciendo una red de consumidores en la ciudad que directamente compre los productos de la comunidad y sus alrededores, recuperando y practicando valores de solidaridad, de cooperación y corresponsabilidad. Se está promoviendo el Bazar Campo Ciudad⁵⁸, con una participación organizada y solidaria de ambas partes, donde se pueda reconocer el beneficio mutuo. Una participación activa, libre, voluntaria, consciente y productiva. Es decir, vender y comprar a precio y peso justo. Lo señalo porque el reto es romper con la lógica capitalista del dinero, en un ejercicio que requiere otro tipo de estrategias que se siguen construyendo.

En cuanto al árbol de organización comunitaria, se está fortaleciendo la organización y la participación comunitaria. Antes de la pandemia dila Covid-19, se realizaban actividades culturales, de convivencia comunitaria, promoviendo la solidaridad y respeto entre todos y todas. Generando espacios de encuentro para la organización y autogestión ante las instancias competentes y gobiernos locales como aliados estratégicos en la solución de sus necesidades. Al desarrollar dichas actividades, se trabaja con la apropiación e inclusión para el resarcimiento social, incidiendo en la conducta de las personas. Un proyecto concretizado, resultado de este proceso, es la construcción en el año 2021 de un centro comunitario, el cual fue diseñado con los aportes de la comunidad y gestionado con la Universidad La Salle Cuernavaca.

58 Una iniciativa de economía solidaria en el estado de Morelos, impulsada por la Unión de Pueblos de Morelos y la Universidad Campesina del Sur. Se organizan junto a productoras y productores campesinos de varias comunidades rurales para mejorar las prácticas productivas en base a la agroecología como una estrategia para lograr la soberanía alimentaria y generar una alianza entre el campo y la ciudad, acercando alimentos sanos y de calidad, con precios justos para productores y consumidores.

CONCLUSIONES



Los procesos de investigación acción participativa que se han desarrollado en las comunidades campesinas donde tiene presencia la Unión de Pueblos de Morelos, han permitido comprender sus formas de interpretar, entender y hacer el mundo, en las cuales emerge la necesidad de construir espacios y territorios más justos y solidarios, de cambios culturales donde el papel de la mujer se reivindique, emergiendo su liderazgo ante realidades desiguales frente a los hombres, en un sistema económico y político que les niega el espacio público de decisión y participación ciudadana.

Trabajar con y desde la gente para que sea la protagonista de su propia vida cotidiana, es un desafío importante que implica promover la autogestión para la construcción de un proyecto común, implica proponer, debatir colectivamente y hacer partícipes a más personas posibles (Encina *et al.*, 2014). Por otro lado, los procesos formativos de educación liberadora permiten que las mujeres organizadas tomen conciencia de sus problemas, que desde sus experiencias individuales aporten al grupo un conocimiento común, para discutir su realidad y en la medida de sus fortalezas ejercer sus derechos como mujeres. Cuando ellas se organizan, detonan diversos procesos de cambio en la comunidad; emergen como sujetos de acción y decisión en la búsqueda creativa de espacios que les dan voz y legitiman sus liderazgos, escenarios para ejercer sus libertades sociales e individuales.

Ante esto, resulta necesario generar procesos organizativos endógenos, que movilicen los recursos comunitarios y de las mismas personas, seguidos de formación y capacitación, generar espacios de intercambio, de escucha ante las experiencias de otras mujeres organizadas, ampliando su visión para que puedan regresar a sus territorios con más herramientas e impulsar el desarrollo en sus comunidades.

Actualmente, las hijas y nietas de las primeras dirigentes, en estos años de acompañamiento, son generadoras de nuevos procesos sociales y productivos en sus comunidades, puedo decir que se casan con hombres más abiertos que sus padres, sus actitudes ante la sexualidad y ante las costumbres de su pueblo se han modificado, no en todas, cabe aclarar. Por ejemplo, en la comunidad de Ángel Bocanegra, municipio Tezoztlán, se está desarrollando un proyecto cultural y deportivo con jóvenes, el cual fue interrumpido por la pandemia, este es liderado por la nieta de una de estas mujeres.

En sus hogares, muchas empiezan a desempeñar roles distintos al del ama de casa. Tienen más amistades, conocen más lugares, tradiciones y formas de vida, de organi-

zaciones en otros estados y países, han adquirido conocimientos y muchas han ocupado cargos dirigiendo la UPM. Con esto, han asumido mayores responsabilidades, han podido librarse del miedo y fortalecerse para la exigibilidad de sus derechos. Las mujeres que pasan por un proceso organizativo y de educación popular como este, que incluye la formación en derechos humanos, género y liderazgo, son más seguras de sí mismas, son capaces de defenderse y de defender a otras mujeres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Castro C. (2009). *Cuaderno nuestros cuerpos nuestros derechos sexuales y reproductivos*. Mandarinas.

Balcázar, F. (2003). *Investigación Acción Participativa (IAP): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación. Fundamentos en humanidades*. Universidad Nacional de San Luis.

Clément, M. (1974). *El comunismo frente a Dios* (SPEIRO, S. A.).

Encina, J., Ávila, Ma. A., Castro, J. A., Escudero, E., y García, A. K. (2014). *Participando con y desde la gente* (2da ed.). Creative Commons.

Expósito-Verdejo, M. (2003). *Diagnóstico Rural Participativo, una guía práctica*. Centro Cultural Poveda.

Freire, P. (1975). *Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI.

García Linera, Á. (2007) “Indianismo y Marxismo, el desencuentro de dos razones revolucionarias”, *Revista Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, 3.

Gonzalez-Rey, F. (2012). *La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: Sujeto, sociedad y política*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, Colombia. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/coediciones/20130218032232/Subjetividadespoliticas.pdf>

Guha, R. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica.

Gurrutxaga, A. (2011). *Tönnies, comunidad y asociación. El comunismo y el socialismo como formas de vida social* (1.st). Biblioteca Nueva.

Ibáñez, T. (2002). *Tomás Ibáñez. Municiones para disidentes. Barcelona: Gedisa, 2001* (N.o 2; Vol. 1). Gedisa. <https://atheneadigital.net/article/view/n2-jeanneret>

Javaloy, F., Rodríguez, A., y Espelt, E. (2001). *Comportamiento Colectivo y Movimientos Sociales. Un enfoque psicosocial*. (Prentice-Hall.).

Korol, C. (2007). *Hacia una pedagogía feminista Géneros y educación popular*. Editorial El Colectivo. Buenos Aires, Argentina.

Lagarde, M. (1997). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres*. Puntos de Encuentro. Managua, Nicaragua.

Liñán, M. E., Castro, C., Di Castro, M. R., Güereca, P., Valdez, J. L., y Congo, F. (2019). *La Era. Recuperación de poblados rurales del Estado de Morelos. Una propuesta integral para la investigación social* (Primera). Universidad La Salle Cuernavaca.

Martínez, A. (2003). *Las organizaciones de la sociedad civil: Un camino para la construcción de ciudadanía*. Espacio. Buenos Aires.

Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Editorial Paidós.

Mori, M. del P. (2008). Una propuesta metodológica para la intervención comunitaria. *Universidad de San Martín de Porres. Lima, Perú*.

Musitu, G., Buelga, S., Vera, A., Ávila, Ma. E., y Arango, C. (2009). *Psicología Social Comunitaria*. Editorial Trillas.

Osborne, R., & Van Loon, B. (2005). *Sociología para todos*. Paidós. <https://latam.casadellibro.com/libro-sociologia-para-todos/9788449318184/1055647>

Paredes, J. (2013). *Hilando fino, desde el feminismo comunitario* (Primera edición en México). Cooperativa el Rebozo.

Parrault, G. (2007). *El libro negro del capitalismo*. Txalaparta.

Rodríguez-Camejo, J., García-Ramos, T., y Santiago-Estrada, S. (2020). Teoría de

la subjetividad y psicoterapia: Una propuesta desde la Perspectiva Histórico Cultural. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 54, e1117. <https://doi.org/10.30849/ripijp.v54i3.1117>

Salamanca, H., y Gilberto, O. (2019). *La subjetividad desde la perspectiva histórico-cultural: Un tránsito desde el pensamiento dialéctico al pensamiento complejo / Subjectivity from the historical cultural perspective: a transition from the dialectical to the complex thinking*. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/3395>

Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Rovira Armengol, Losada.